

¿Las lleva el viento, el añorado viento siempre,
o las imaginadas tañedoras,
escondidas entre esas luces que todo lo transforman?

Es un revuelo todo de cumbres en el valle,
de ahondados descensos fugitivos,
de vibración desencajada, loca,
en las añosas ramas de los árboles...

Es el vagar alucinado de los ecos,
el momento arrebatado del astro
en su deseo, llevado hacia las sombras de la paz ignorada.

Es toda conseguida,
conmoción de la tierra exacerbada
en el último abrazo.

¿A flautas, a enardecidas flautas?

¿No las oís?

Sobre la inmensidad estallan
en sonidos,
inundando el paisaje...

¿No las oís?

Qué ansia del silencio de la noche.



SOMOS ROMEROS DE LA PEÑA

ENVIO.—A la Comunidad Francisca
na, pequeñita y silenciosa que vive al
amparo del Xto de Zarzoso.

El imponente silencio, sagrada cualidad de las noches del Seminario, se ha jironado al conjuro del viejo bronce de la casona diocesana. Esta al momento se llena de luz, de vida.

Unos instantes de carreras cortitas, sobre las punteras, a coger cosas que se olvidan o dejan lo que con la obsesión de pasarlo bien parece que estorba. En seguida los motores comienzan a revolucionar. Dentro alegría, entusiasmo y sentimientos de artistas.

La vieja ciudad queda atrás, dormida sobre sus pasadas glorias. Es como una clausura monjil, en que gente sin tocas ni estameñas atraviesan los pasillos de las calles para asistir a los oficios litúrgicos. Ya suenan las campanas de Cerralbo. Y luego otras.

Rodamos por calles de atrevidos esguinces y marcado sabor medieval y recoleto. Y en seguida rodamos en la carretera, que se alarga ante nosotros como un serpentón, blancuzco, polvoriento; a veces se retuerce, las más es recto, largo, indefinidamente largo, como este paisaje de la meseta. ¡Casitas blancas de las Alquerías charras! ¡Extensas manchas grisáceas de callados encinares! Veredita adelante que furtiva desaparece entre pálidas rastrojeras caminan despacio uno, dos... seis bueyes. Otras vaquillas, cada una con dos afilados puñales en la testuz, pastan o sestean en otros rastros que también están atacados de ictericia.

Sobre el rum... rum... bronco del «autocar» se destaca el rezo viril de la plegaria mariana. Dios te salve María... ¡María! es nuestro epicentro; ruega por nosotros pecadores. Entre uno y otro misterio del rosario se entona los cánticos y entre éstos no podían faltar las letrillas del Fátima ecuménico a la Virgen Blanca, mensajera de una paz nueva, no la paz ficticia que simboliza la desarticulada paloma picasiana.

Un brusco cambio en el paisaje. La carretera se estira entre huertos verdes, manzanos, ciruelos, alfalfas enanas, remolachas, y luego la mole sagrada de la Peña de Francia. En la base misma de la montaña, en el fresco robledal tupido, comienza la penitencia colectiva, que el Seminario Civitatenso, a la Virgen como flor del año Mariano ofrece en homenaje y reparación.

Algunos, los menos, quedamos en los coches que también inician la marcha-ascensión. La carretera empinada; el serpentón, por el

que hemos rodado sin compasión, se encabrita; se retuerce feroz repetidas veces como si en sus ascendentes espirales quisiera asfixiar el picacho santo, hasta que por fin, indefenso y rendido, muere a los pies mismos de Sta. María de Peña de Francia.

Frío agudo y cortante en las primeras horas. ¡Altura! Picacho rasurado y en el vértice mismo el santuario. ¿Por qué María escogerá las alturas para morar? Aquí la Virgen sí que es la «Torre de David»... «La mujer Fuerte, Inexpugnable». Aquí impresiona lo grande y lo bello, la soledad y la protección de la Virgen sobre los pueblos, gentes, labrantíos, etc. A mí se me ocurre que María sube a las alturas porque estamos demasiado bajos, rastreros, y sin Madre... ¡Ay!... la buscaremos donde sea; si Ella está muy cerca del Cielo... allí subiremos...

Antes que nada nuestro saludo a la Reina, Madre y Señora; Saludo sincero; súplicas de hijo pecador, pobre... necesitado de ayuda divina.

En el antiquísimo santuario—que legó a la posteridad Simón Vela y la piedad de los fieles—frailes de hábito de marfil y azabache, sacerdotes, fieles. Van llegando los más veloces penitentes; poco después, todos. Misas y Comuniones. Ante la Sra. Morena va a celebrar el Padre Barbado, blanca la sotana, de nieve el cabello y sobre él la mancha sangrienta del solideo episcopal.

A media mañana Misa Solemne, canto gregoriano, oración pausada, suave, con místicos dulzores benedictinos; ritmos tenues que se pierden tranquilos, despaciosamente en las bóvedas agrietadas. Y en el altar simetría; arte litúrgico, trasplantado también de una abadía benedictina. Hoy María asiste al santo Sacrificio. Siglos atrás asistió en otro vértice pelado, pero con el corazón partido de dolor. Hoy sonríe... Desde su camarín, ve juventud, alegría, ilusiones: oye las plegarias sentidas, confiadas, calientes por el fuego de oro que alienta dentro de tiernas cajas torácicas.

Fuera ya se ha extinguido el airecillo afilado. Seminaristas y frailes se dispersan en charla animada; en los picachos de las formas más inverosímiles se sientan o se asen. El conjunto es como una exposición de esculturas en que las estatuas vivas se colocan sobre repisas desiguales. ¡Maravillas del Creador! ¡El sol es ahora una hostia de aluminio, colocada en la límpida concha azul de los cielos. Hacia abajo, hacia mi Extremadura, la cadena de montes como un sistema nervioso descubierto en una lejana intervención quirúrgico-geológica. Y hacia arriba la llanura infinita recalentada. Pueblos grises, arrocinos a la espadaña. Se nota por aquí la ausencia de torres con agujas elegantes, sultanas por encima de los pueblos; carros, bueyes, polvo, calor. Y sobre toda esta naturaleza, viva o muerta, tostada o dormida, se yergue el macizo sacro, enorme peana, donde se asienta el «Asiento de la sabiduría».

Junto al santuario la comida apetitosa; agua fina, helada, de las entrañas mismas del picacho. Charlas, risas, y por fin sujeto con las carnes labiales, el pitillo «que dicen que sabe a glorias» Humearando espirales de incienso al idolillo del gusto.

Rosario con el Señor Expuesto. María veía pasar rozando las yemas digitales las sartas del rosario. Es nuestro último homenaje oficial a la Señora. Luego la palabra agradecida del Sr. Rector para la Comunidad Dominicana y exhortadora para el Seminario.

En seguida empezamos a rodar de nuevo, despacio. Las condiciones del terreno lo exigen, pero es que también nos cuesta separarnos de Ella. Llegamos allí con... tanto amor e ilusión... Hacia arriba, al nido de águila real suben la plegaria, las notas tristes de la despedida. Ya queda atrás la Virgen negra y los frailes blancos. Y de nuevo estamos en el robledal sombrío.

Nubes de polvo levantan los «autocares». Junto a los pueblecitos las eras; gentes de cutis bronceados revolviendo las parvas tostadas; niños juguetones en los trillos que giran locamente.

Zarzoso. La imagen casi nunca responde a la realidad encomienda. Y así me ha pasado a mí. Convento de franciscanas. Doce vírgenes; mujeres que abandonaron—y éste sí que es un abandono, hasta las últimas consecuencias—la civilización, la familia, todo. Sólo Cristo es su posesión y su herencia. Sólo el deseo de santidad, el amor a Cristo pudo hacer que aquellas mujeres rompiesen con todo contacto, hasta con la civilización. No había visto eremitorio más perfecto. Sólo el zumbido de la abeja, la variada música de las aves, el relincho de los potros, el mugir del ganado bravo, puede perturbar la paz y el silencio de la clausura franciscana; distraerlas en la oración?... pero, no, porque son hijas del Santo Francisco de Asís que es hermano de la hermana abeja, de los hermanos pajarillos y hasta del hermano lobo que pudiera aullar perdido entre los carrascales.

Bonita Iglesia conventual. Arte, finos encajes pétreos; cuadros con barrantos de buena firma. *Piedad*. El Cristo milagroso de Zarzoso, unción y respeto. Ante el amplio coro monjil me parecía oír los latines de un Oficio Divino rezado con más intuición que inteligencia. Todo franciscano por los escudos y por el pasaje.

¡Atardeceres de la tierra charra! Sol viejo, hostia ensangrentada, incendios en el horizonte, oro de mieses en las eras. ¡Espadañas! Monumento de la tierra llana, tú eres el faro para el labriego que va hacia adelante con la pica al hombro empuñando la manquera, escribiendo, con la pluma férrea del viejo arado en la página negruzca de la tierra un poema de esperanza.

Asfalto. Casi no se nota el movimiento. Ya no salta el «autocar». Vamos de prisa con el alma llena de poesía. Porque no sólo es artista el que la expresa sino también el que la vive y regusta en el cuarto interior del alma.

En el seminario, silencio. En los cuerpos, cansancio. Y lejos, en lo alto, la Virgen Morena St^a María de la Sierra de Francia...

GREGORIO CARRASCO MONTERO